

Archipiélagos de piel: apuntes sobre el etnos-nación

Antonio Correa Iglesias¹
ancoiglesias@gmail.com

Julio Lorente²
juliolorente1988@gmail.com

¹<https://www.cbartcollection.org/press>
<https://www.hypermediamagazine.com/author/antonioc/>
<https://revistaelestornado.com/author/antoniocorrea/>

Coordinador del programa de Filosofía y Ética en Cuba, Universidad de Miami, Estados Unidos

² Carpe diem: del placer a la desilusión. Revista Poliedro, “De la sombra al cuerpo del poder” Arte Poli, “11j: reclamo contrarrevolucionario” Hypermedia Magazine. Artista Visual y Escritor.

ARCHIPIÉLAGO DE PIEL: APUNTES SOBRE EL ETNOS-NACIÓN

La concepción de la nación moderna no escapó -como arquetipo- a un sentimiento de frustración, tragedia y resentimiento. La influencia del imaginario continental europeo articuló históricamente una sensibilidad discursiva, pero, sobre todo, una sensibilidad imaginal que ha permeado todo el ejercicio cognitivo entorno al pasado y al futuro. Cuba como territorio, como enclave geográfico y también como subproducto colonial no escapó a esta “confabulación” simbólica y política.

Como “nación moderna” los debates, pero sobre todo las prácticas políticas en torno a la nación cubana han estado asociadas a un profundo sentimiento del lamento, la tragedia y el desengaño. La frustración como sintomatología, no es una patología exclusiva de la república, es más bien un sentimiento, un padecimiento acumulativo que se desborda y se hace evidente, pero, sobre todo, sistémico a lo largo de todo el siglo XX.

El siglo XIX cubano dio cuerpo al sujeto de la decepción. Un sujeto melancólico, “ennoblecido” por el calor del trópico, por la in-permanencia resultante de una comprensión colonial y ajeno a cualquier raigambre autóctona.

La ausencia de una raza autóctona -Lino Novas Calvo³-, que quizás esté más relacionada con el origen étnico, las poblaciones originales, sus simbiosis apresuradas y forzadas, el exterminio, pero también el entramado foráneo que en el tiempo lo fue conformando en sus cruces genéticos, podría ser el Santo Grial para comprender la naturaleza de una nación que en pleno siglo XXI, sigue cuestionando su legitimidad ontológica y su pertinencia conceptual.

I

Cuba es un país de historia joven que accedió tardía y de forma apresurada a un orden republicano. Inspirado en un imaginario de nación fragmentada, ha albergado profundos malestares políticos y raciales. Una cultura con malestar, en términos freudianos, es aquella que no sabe dirimir sus formulaciones encontradas, creando traumas que entorpecen su vitalidad.

Un “primer trauma” podría ser la orfandad poblacional. Tras el genocidio aborígen en Cuba, la inmigración hispánica y la africana⁴ reconstruye inicialmente la ya mermada población en cuanto fuerza de trabajo. Aunque hay elementos seminales de la cultura aborígen que lograron sobrevivir en la lengua y ciertas

³ “El pathos cubano” en Homenaje a Enrique José Varona en el cincuentenario de su primer curso de filosofía (1880-1930) Miscelánea de estudios literarios, históricos y filosóficos. Publicaciones de la Secretaría de Educación. Dirección de Cultura, La Habana, Cuba, 1935, Pág. 211-226

⁴ Entre 1765 y 1790 el promedio de esclavos anuales era de 2.000 lo que hace que solo en este período, la población negra fuera de 50,000 y estos son datos aproximados. Manuel Moreno Fraginal “Complejo Económico Social Cubano del Azúcar” Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1978 Págs. 83 - 90

costumbres cubanas⁵, existe un tejido social adosado, en parte por la fuerza, sobre este vacío; un vacío que encuentra, en la estratificación la idea fundacional de un futuro proyecto formativo en torno a nación cubana.

La temprana emigración peninsular, traería una densa masa poblacional deseosa de encontrar mejor vida en el “Nuevo Mundo”. Recordemos que la inquisición española, amparada desde el Santo Oficio como aparato “legislativo” lanzó a ultramar a sujetos precarios, y perseguidos cuyas profanas motivaciones estaban más cerca de la supervivencia que de la fundación. Hombres en todo caso y a diferencia de la conquista inglesa, adúlteros y de escasa preparación, devorados por los deseos. Hay una suerte de inversión que acontece en el proceso de conquista y colonización; mientras que Europa vivía el redescubrimiento de lo humano, desde el humanismo, en los territorios “descubiertos”, la barbarie se impuso de forma implacable y aberrante.

Los que llegan a Cuba eran ya, a mediados del siglo XVI, procedente del sur de España y de las Islas Canarias. También se suma una porción de hebreos que, llamados despectivamente como “*marranos*”, huyen de las políticas inquisitoriales.

Ya comienza aquí una observación determinada primeramente por una cuestión racial que devendrá posteriormente etnográfica y cultural. El cronista de las Indias, Juan López de Velasco, en 1571, ya se refiere a los hijos nacidos en Cuba de padres españoles como *criollos* y notará en ellos una diferencia de *color* y *tamaño*⁶. Recordemos que Criollo tiene su origen del *crioulo* que era como los negreros portugueses llamaron a aquellos que habían nacido en el barracón o criados en la casa del amo-esclavista. Pero también Criollo está asociado a “*cria*”, suerte de diminutivo paternalista que hace referencia al sirviente, y aunque parezca contradictorio, el criollismo es la manera de exaltar las cualidades del Criollo. En el caso cubano, lo sanguíneo está asociado al Criollo como mestizaje, sobre todo cuando el negro adquiere protagonismo después del exterminio de la población aborigen.

Los componentes étnicos hispánicos propician una primera base sobre la que establecer una mixtura progresiva. Con la irrupción de otros grupos sociales, se va determinando una estructura económica y clasista encarnada en la figura de un estado colonial.

Sin embargo, el hombre -antes de ser definido o condicionado en una discursividad racial- es el eslabón demográfico con el que se comienza a delimitar los márgenes de lo que será llamado posteriormente nación. ¿Quién es ese hombre y bajo qué criterios, recursos e instrumentos podemos establecer su pertenencia territorial?

La inexistencia un criterio demográfico para comprender los territorios habitados entre los siglos XVI, XVII y XVIII en la mayor de las Antillas, complejiza aún más un entendimiento cabal de este período. Sobraría decir que los años que corresponden a la conquista y colonización, no existe documentación o estadística al respecto, incluso más, entre los años de 1620 hasta 1680, es decir, en pleno siglo XVII, no hay una “contabilidad” que garantice un criterio o juicio demográfico en torno a la isla de Cuba.

⁵ Véase “*Las lenguas indígenas de América y el español de Cuba*” t.1, Editorial Academia, La Habana, 1991

⁶ Juan López de Velasco, *Geografía y descripción universal de Las Indias desde el año de 1571 al de 1574*. Madrid, 1894

Los registros parroquiales, ante la ausencia de un trazado local, han sido el único recurso “contable” con que se dispone para crear una suerte de “mapa” de la población india y española. Aunque los registros sean la única fuente para comprender el “crecimiento” o decrecimiento poblacional para trazar los contornos de este escurridizo mapa, tampoco son una fuente fiable una vez que fueron asentados desde un criterio pre-establecido que condiciona a la propia estadística.

Ahora, la noción de corte abrupto relacionada con lo que hemos llamado “primer trauma” es fundamental aquí para comprender el crecimiento poblacional, sobre todo, en la medida en que éste va conformando a un hombre que, en sucesivas aliteraciones, sería llamado sujeto “nacional”. El carácter traumal y contrastémico en la propia idea de corte abrupto no puede pasar desapercibida. La introducción forzosa no solo del cuerpo negro en la mayor de las Antillas constituye sin lugar a duda una ruptura del ya por sí endeble proceso de individuación. En función de establecer en el cuerpo del otro una instrumentalización, directamente proporcional a una pragmática económica, se suplanta, -por el propio carácter del exterminio étnico- un proceso de crecimiento natural y lógico de una población “autóctona”. La plantación⁷ esclavista, principio organizacional de la sociedad colonial, marcó la “evolución” insular en términos demográficos. Las implicaciones de esta pragmática económica, apuntan a una conformación social, que en su propia lógica de crecimiento van a redundar en el pánico sociológico que Arango y Parreño “definió” como “miedo al negro”.

El exterminio de la endeble y mermada población, coloca a los colonos ante un proceso donde “[...] la rápida disminución de la población indígena, la merma de los recursos auríferos y la conquista del continente colocaron a la Isla en una situación particularmente difícil. [...] Se imponía una reorientación económica, la estructuración de una nueva base de sustento para la vida futura de la isla”⁸. Alejandro de la Fuente sostiene también que estas condiciones de exterminio, unido al proceso de agotamiento minero en Santo Domingo, la expansión de la ganadería en el proceso de colonización continental, hace que la azúcar comience a ser

⁷ Abel Sierra Maderos desarrolla un conjunto de analogías en torno a una suerte de actualización del modelo de plantación esclavista en el contexto de las UMAP (Unidades Militares de Ayuda a la Producción). Como se sabe, las UMAP fueron campos de trabajo forzado instaurados por el gobierno revolucionario en la década de 1960. Sierra Madero argumenta como la propaganda nacionalista jugó un papel fundamental en el discurso en torno a la producción azucarera, base histórica del modelo de plantación esclavista, hasta la voluntad política de que “¡los diez millones van”. El propio Jean Paul Sartre quien ve en la revolución cubana un “huracán” contra el “monstruo diabético” de la plantación pierde de vista que la revolución cubana, lejos de acabar con el monocultivo, lo potenció. Si bien Sartre argumentaba una suerte de “hipertrofia cultural” como dependencia imperialista, perdía de vista que Cuba pasaba del “colonialismo” estadounidense al soviético. Apoyado en Antonio Benítez Rojo, José Caballero Blanco “Tan dulce que es la caña y cuantas amarguras hay relacionadas con ella. Los pobres negros esclavos, los chinos contratados como “obreros”; jamaicanos y haitianos, cuando la República... Luego arribó el proceso revolucionario y junto a él, los cortes de caña “voluntarios” y la neoesclavitud de las UMAP”, Reinaldo Arenas “Manos esclavas sacan oro, mueven trapiches, construyen puentes, fosas y carreteras, estrangulan y aplauden... Yo he visto, yo he visto. Yo he visto no la tortura psicológica, no los sofisticados experimentos bioquímicos, no el tecnificado crematorio, ni siquiera la velocísima (ya lo dice su nombre) silla eléctrica -recuerde que estamos en una prisión tropical que es además el primer territorio libre de América, por lo tanto, aquí no son necesarias esas finezas”. Finalmente, para Abel Sierra Madero a través de algunos de los autores anotados aquí “[...] el tiempo histórico no es lineal ni continuo, sino una correlación espacial y temporal que hace que la encomienda indígena, la plantación esclavista del siglo XIX y el trabajo forzado en los cañaverales y centrales azucareros socialistas se constituyan en una única dimensión, *back and forth*” para más detalles, “El cuerpo nunca olvida. Trabajo forzado, hombre nuevo y memoria en Cuba (1959-1980)” Rialta 2022, Págs. 335-377

⁸ Alejandro de la Fuente “Población y crecimiento en Cuba (siglos XVI y XVII): Un estudio regional” *European Review of Latin American and Caribbean Studies* 55, December, 1993. Pag. 81

un producto rentable. La mano de obra es el único imperativo, la entrada de la población negra sustenta la plantación esclavista condicionando el crecimiento económico y por extensión, el desarrollo demográfico.

De este modo, la supuesta proporcionalidad demográfica y étnica -siempre en función de cierto teleologismo- que ha tratado de sustentar y explicar la historiografía post-revolucionaria [1959] carece de fundamento y data suficiente.

No es hasta el siglo XVIII que un grupo de transformaciones institucionales acabaron con una reformulación del pacto colonial entre las élites locales y la corona. Estos cambios afectaron la estructura de la propiedad, la producción agraria y el crecimiento y composición de la población, convirtiendo la isla en la principal productora de azúcar colonial del mundo⁹. La presencia esclava, era ya un elemento demográfico indiscutible con el que se tenía que contar para la conformación de eso que mucho tiempo después sería llamado, con razón o sin ella, sujeto nacional.

De modo que la dudosa presencialidad y argumentación de un canon historiográfico orientado a lo “cubano” entre los siglos XVI, XVII y XVIII solo puede tratarse de una ingenuidad, o en todo caso, un recurso ideológico en función de narración política. No hay autoctonía demográfica o cultural durante estos siglos, incluso en el propio siglo XVIII solo podemos rastrear procesos cuya dudosa persistencia, aún no tienen garantizado un canon, o una expresión que denote lo cubano como principio organizacional de una nación.

II

La entrada del hombre negro africano en la historia de Cuba, será producto de una labor agroindustrial de intensidad progresiva¹⁰. Ya en 1515 se solicitó la autorización para introducir, en Santiago de Cuba, doce africanos desde la vecina isla de La Española (Santo Domingo) y en 1523 son 300 los esclavos introducidos en la isla desde La Española respectivamente¹¹. En Cuba, el accionar del fray franciscano Bartolomé de las Casas –antecedido e influenciado por la predica en favor del trato compasivo hacia el indio del fray dominico Antonio de Montesinos, en La Española- propone la importación de esclavos negros para sustituir a los aborígenes de los cuales él se decía defensor. Para fray Bartolomé la esclavitud del negro africano era más

⁹ Manuel Moreno Fraginal “*Complejo Económico Social Cubano del Azúcar*” Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1978 Pág. 74

¹⁰ “Con el suministro de negros conseguido mediante el asiento firmado con los ingleses a partir de la Paz de Utrecht (1713-1714), la azúcar habanera fue creciendo hasta lograr hacia 1740 un volumen productor cercano a las 2.000 t. Este volumen de azúcar sobrepasa las posibilidades físicas de embarque a través de las flotas, que ya desde ese año cargan en La Habana la mitad de su capacidad. Por eso los productores azucareros reciben con alegría el establecimiento de la Real Compañía del Comercio de La Habana, fundada oficialmente el 8 de agosto de 1739 como monopolizadora del comercio de tabaco y poco más tarde de toda la exportación cubana de azúcares, maderas y cueros” Manuel Moreno Fraginal “*Complejo Económico Social Cubano del Azúcar*” Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1978 Pág. 18

¹¹ Jesús Guancho, “*Componentes étnicos de la nación cubana*”. Ediciones Unión 1996 Pág. 44-45

“natural” a sus ojos por su experiencia de vida en Sevilla, que había sido una zona dominada por los árabes que empleaban esclavos negros¹².

La demanda progresiva de mano esclava que arribaba a la isla, fue consustancial a la producción azucarera en Cuba. Aunque generalmente se le denominan como *bozales*, su composición multiétnica fue ostensible. Desde el Golfo de Guinea, Nigeria, Camerún, Congo, etc., se agruparon de manera forzosa, grupos que denominados de manera meta-étnicos, “licuaban” identidades tribales e individuales.

El mestizaje cubano no puede prescindir del elemento africano, el mismo irrumpió con oleadas extensivas por la aceleración de la producción de caña y su constitución como el primer renglón de una economía pujante. Esta capa social adosada, como injerto productivo, terminó dotando al país de un número de sujetos que tendrían que reconstruir su desarraigo dentro de una cultura capsular, que intentando ser estructurada y profiláctica, cedió ante el desbordamiento de sus márgenes. Todo ello provocó una psicología colectiva “*connaturalizada con el vicio*” como Saco la llamó y cuyo carácter accidentado va a prevalecer hasta hoy.

Otros componentes étnicos se van sumando a este poblamiento progresivo. Tanto del Caribe continental como insular, nuevas emigraciones llegaron a Cuba. Desde el siglo XVI la presencia de indios yucatecos (mayas) es significativa y permanece hasta el siglo XIX, condicionando, en menor proporción, en trabajos de explotación y servidumbre a la esclavitud africana¹³.

La Revolución Haitiana (1791) trajo consigo una oleada de emigrantes hacia Cuba desde Haití, tanto de franceses, hacendados muchos de ellos, hasta esclavos que se asentaron principalmente en Oriente. De ahí sus influencias marcadas como es el caso de *las sociedades de la tumba francesa*, que ha tenido una impronta en el espectro músico-danzario de esa región. Ya en la primera década del siglo XX, y determinada por la recuperación económica tras los efectos de la guerra de 1895, existirá una inmigración de trabajadores antillanos –sobre todo de Haití y Jamaica- conocidos como “*braceros*”, que trabajaban por píricos salarios que influyeron considerablemente en el empobrecimiento de la población rural.

La emigración china no fue menos, aunque nunca en la proporcionalidad negra. Denominados genéricamente como *culíes*, estos trabajadores asiáticos, que también incluían en ocasiones filipinos y hasta indios, llegaron a Cuba durante el periodo que se marca internacionalmente como la Revolución Industrial Inglesa, en siglo XIX, y obedecía esencialmente a la poca rentabilidad y restricción hacia la mano de obra esclava. Organizado bajo un “sistema de contrataciones”, resultaba eufemístico, una vez que muchos de estos inmigrantes asiáticos eran conducidos de manera forzosa, incluso la travesía marítima para llegar a Cuba no era más humana que la del esclavo africano. Aproximadamente 150,000 *culíes* fueron introducidos en Cuba en un periodo comprendido entre 1848-1874¹⁴.

¹² Para más detalles, véase “Madre Patria: Desmontando la leyenda negra desde Bartolomé de las Casa hasta el separatismo catalán” Espasa, 2021.

¹³ Javier Rodríguez Piña, “*Guerra de castas y azúcar: el comercio de indígenas mayas con Cuba (1848-1861)*” Anales del Caribe, No 7-8, La Habana, 1987-1988.

¹⁴ Julio Le Riverend, “*Historia económica de Cuba*” La Habana, Editora Universitaria, 1967

Estos elementos son indispensables si se pretende comprender el proceso de sustitución del elemento demográfico, en función de la ausencia de una raza autóctona. Una raza como origen étnico exterminada y sustituida por una simbiosis apresuradas y forzadas en cruces genéticos y culturales, condicionó la naturaleza de un sujeto, así como su pertenencia a un proyecto de nación.

Este proceso explica lo que Fernando Ortiz llamó “*primera transculturación*” que no es nada más que la desaparición –por exterminio- del indio del paleolítico al neolítico.

El carácter pragmático de esta sustitución valida a un sujeto migrante en cuanto sujeto del desarraigo, en su doble trance -dice Ortiz- de desajuste y reajuste que termina como síntesis en lo que llamó transculturación. El desarraigo en el proceso de la formación de un sujeto etnos-nacional trae consigo sucesivas denominaciones de formas económicas y culturales a-rítmicas. El sujeto etnos-nacional, como un sujeto a-rítmico, como sujeto de yuxtaposiciones tuvo lugar en un lapso de tiempo constreñido. “Toda la escala cultural que Europa experimentó en más de cuatro milenios, en Cuba se pasó en menos de cuatro siglos”¹⁵ El salto traumal que este acontecimiento genera en la conciencia, en la proyección psíquica de los sujetos, no puede ser desestimado. Como el proceso de hibridación no fue autóctono, con la destrucción de la “sociedad” aborígen, otros sujetos sociales entran en el proceso de conformación poblacional. Cualquier vestigio de conexión ancestral, fue eliminado y otros ocuparon el lugar de aquellos en el proceso de “evolución”. Ortiz llama a este proceso “*transmigraciones*” de factores humanos y geográficos. Estas condiciones arrasaron, desgarraron y amputaron el ya de por sí endeble proceso civilizatorio en cuanto configuración de nuevas identidades y formaciones socioculturales.

De este modo, la inexistencia de un sujeto autóctono, nos coloca de plano ante el problema de la alteridad; el otro, que, en el caso cubano, es directamente proporcional a la figura del negro -ya de por sí subalterno- como entidad demo-etnográfica. La extrapolación del otro, la sustitución aleatoria de los sujetos étnicos generó la sintomatología del desarraigo, de la in-permanencia asociada a una noción de temporalidad, a la ausencia de un propósito definido, a la carencia de un *telos* fundacional.

Este proceso ha garantizado dos elementos fundamentales: primero la conformación y finalmente la definición de ese sujeto “nacional”. La transitoriedad de los propósitos, así como la noción de desarraigo a la tierra, contribuyeron a conformar las primeras pistas de lo que más tarde sería llamado identidad. Estas dos nociones articuladas desde lo que Ortiz llamó “sociedad sustentadora”, generan una comprensión donde todo es foráneo: “Hombres, economías, culturas, y anhelos todo aquí se sintió foráneo, provisional, cambiadizo, “aves de paso” sobre el país, a su costa, a su contra y en su malgrado”¹⁶.

El carácter provisional que explica Ortiz también fue desarrollado de cierta manera por Novas Calvo¹⁷ cuando fundamenta la conformación de un sujeto volcado hacia el exterior. La metáfora del puerto tan

¹⁵ Fernando Ortiz “Contrapunteo cubano del tabaco y el azúcar” Pensamiento Cubano, Ciencias Sociales, La Habana, 1983
Pág. 87

¹⁶ Fernando Ortiz “Contrapunteo cubano del tabaco y el azúcar” Pensamiento Cubano, Ciencias Sociales, La Habana, 1983
Pág. 89

¹⁷ Lino Novas Calvo, “El negrero” Tusquest, Barcelona, 2012

recurrente en Calvo, es una analogía del papel que debía haber tenido el puerto habanero en la conformación de un modelo económico. Pero a su vez ese supuesto sujeto de tránsito que organiza su vida en torno al ritmo portuario, estaba profundamente marcado por ese hábito inducido por la metrópoli de procurar defensa antes que desarrollo. Se convierte también en un sujeto amurallado, luego que España retoma el control de la ciudad después de la ocupación inglesa. Las grandes murallas y las fortificaciones crean un paisaje más cercano al enclaustramiento que se refleja también en la confirmación de una estructura comercial que se vuelve no solo amurallada en el plano físico, sino también en el plano sociológico. Solo una clase muy selecta pudo participar, negando de este modo el periodo de enriquecimiento que significó la ocupación inglesa y haciendo aún más paradójico ese sujeto volcado hacia el exterior. Si la presencia inglesa durante diez meses demostró las gratuidades del libre comercio, el retorno al orden nominal español, procuró fortificar cada perímetro creando una auténtica ciudad amurallada y feudal. Esa idea *numantina* de plaza sitiada y su enclaustramiento resultante, ha gravitado en la cultura política cubana como sintomatología hasta nuestros días.

Como todo era perecedero, provisional, la colonia tuvo un destino accidentado. La saqueada y despojada población padeció la desidia del sujeto de la dominación que solo consume sus riquezas. La piratería y el corzo propio y ajeno generaron una expectativa exasperante. La quema de ciudades, el saqueo y la victimización de las poblaciones marcó la vida insular generando ambientes de violencia, inseguridad y zozobra.

En uno u otro caso, lo que está en cuestión también es cómo el rol de la economía y como sus fenómenos están profundamente relacionados con las dinámicas culturales, los procesos de conformación de la identidad, así como un ejercicio intelectual en torno a esta.

Por ejemplo, esa primera intelectualidad cubana, ligada a un liberalismo de corte pragmático y con fuerte influencia inglesa, no pretendió una emancipación filosófica, busco más bien cómo encontrar una autonomía en el plano económico y como ésta podría redundar en una libertad política. De ahí la preocupación creciente por el negro, no solo como elemento demográfico. Esta disyuntiva es una de las que ha soportado todo el conflicto de la raza en Cuba. Pragmatismo económico-político vs. Visión Imaginal de la nación. La presencia de este conflicto se puede rastrear en la historia de Cuba, desde Martí y sus vástagos emocionales, hasta el negacionismo racial que llega hasta hoy; negar los males al interior de la sociedad, ha sido el mecanismo para refundarlo en una retórica exaltada que ha sido utilizado por el nacionalismo cubano y que ha redundado en el castrismo. Estas dos percepciones han movido los procesos históricos que se reciclan y que se alternan en torno al drama político cubano.

El problema negro ha vertebrado una tradición, pero, sobre todo, una analítica que, aunque tiene sus orígenes a finales del siglo XVI, no ha sido planteado, dilucidado y cotejando adecuadamente. En todo caso y de forma conveniente, el negro entró dentro del discurso político como argumentación más que como necesidad. A ello ha contribuido de forma decisiva la literatura y la crítica asociada a esta disciplina. Diversos autores –contemporáneos o no- han planteado la inexistencia en Cuba de un “problema negro”, incluso se ha llegado a minimizar la naturaleza de la resistencia negra, privándola de un ejercicio analítico pertinente no solo para el entendimiento de sí, sino también de la raigambre del problema en cuestión. Como sustituto,

el llamado “problema blanco”, se ha planteado como lógica y dinámica de la vida económica, social y política expresado y desarrollado de alguna manera en la novela del siglo XIX cubano. Una novela que, al denunciar la esclavitud y sus resonancias en el conglomerado social, crea una normatividad.

Todo proceso hegemónico tiene como co-relato un ejercicio de resistencia. El disenso es la necesidad de retomar la capacidad individual frente a la homogenización obligatoria, en términos hegelianos sería entendido como la dialéctica del amo y el esclavo.

La empresa esclavista en Cuba no estuvo exenta de estos síntomas, mencionados en la historiografía, pero no sopesados adecuadamente. El cimarronaje traduce el fenómeno de la resistencia casi por reflejo ante la esclavitud, pero sobre todo antes sus excesos. El esclavo que escapa y se interna en el monte es una “pieza”¹⁸ que desestabiliza simbólicamente todo un sistema productivo de naturaleza coercitiva. Por ejemplo, la Revolución Haitiana (1791) y la posterior creación de la república negra de Haití (1804), supuso un paradigma proyectado sobre el imaginario del esclavo y del amo indistintamente. Para el esclavo, se traducía en la posibilidad de una gesta similar o al menos la certeza de una emancipación ante la esclavitud; para el amo, la conciencia pánica de una revuelta negra a gran escala que destruyera la economía plantacional, ponía en peligro no solo la existencia blanca, sino los recursos para ejercer esta dominación.

Es en este entorno conflictivo que las fugas de los esclavos en Cuba adquieren relevancia numérica. La conformación de “palenques”, espacios donde se refugiaban los esclavos fugados, es sin dudas la expresión del afán de reconstruir ciertos vínculos negados por la pérdida de libertad. Una cultura de la resistencia que a su vez tiene un margen más violento para actuar por la represión potenciada contra los “esclavos apalencados”. Desde la rapiña de haciendas hasta la inestabilidad de las zonas campestres, el cimarronaje será el síntoma sociológico de un sistema que ejerce una cultura de la segregación pero que no permite, como paradoja administrativa, la secesión de ese sujeto negro que tiene que actuar como “pieza” indispensable de esa gran maquinaria de plantación esclavista.

Al palenque cimarrón se le “opone” otra institución llamada “cabildo de nación”. Esta institución de factura colonial, reunía a africanos, libres y esclavos, de origen común o cercanía cultural. Con la clara intención de suavizar las formas de la dominación y ejercer una atmósfera de acoplamiento cultural; el “cabildo de nación” era otro proceso capsular que seguía marcando el límite del sujeto negro. Esta idea de comuna negra en la que fluctuaba la figura del esclavo libre y esclavo -polémico en su día-, proyectaba un sentido entrecruzado entre ambos, una metástasis conceptual: el liberto y el esclavo comparten un rol de sumisión.

Uno de los fines de un régimen político es la construcción de un “sujeto nacional”, sin embargo, la finalidad de éste es pretender fijarlo como denominador común de la cultura. El sujeto nacional no es más que una serie de definiciones específicas de un grupo de poder que pretende ontologizar su rol social para que la idea de nación quede fijada a su imaginario y sea definida por el mismo. De reconocer un “otro”, en este caso al negro como “relleno” poblacional, se ha hecho desde un paternalismo que denota una superioridad moral una vez que niega la cualidad moderna del trato igualitario, por el trato compasivo. El paternalismo

¹⁸ Los esclavos solían ser llamados “piezas” o “piezas de ébano”.

criollo hacia los negros en Cuba, auspiciado por la ideología del Despotismo Ilustrado, parte de esta premisa: el uso de la fuerza y de la bondad están justificadas arbitrariamente por la “superioridad” del sujeto nacional que define los espacios hacia dentro del país y los exporta como nación. De este modo, palenque y cabildo de nación son dos síntomas de un etnos fragmentado. Si el primero se conforma como una fuga restitutiva ante la opresión, el otro se concibe como permisibilidad paternalista que crea, de manera descendente, una “deuda moral”.

En uno u otro caso, el problema racial se ha soslayado “metafóricamente” negando las raíces profundas de éste. Una visión instrumental ha escamoteado su naturaleza y quizás uno de los mejores ejemplos para entenderlo sea el dilema que este generó en las guerras por la independencia.

III

A los componentes étnicos que han sido representativos en el poblamiento de Cuba, habría que incorporar el elemento criollo; es decir esas generaciones que nacen en Cuba y que comienzan a desarrollar los primeros imaginarios nacionales donde, se proyecta paulatinamente un *telos* disputado como legitimación de posicionamientos políticos.

Ciertos vínculos emocionales-territoriales configuran esa primera “conciencia cubana”. Los criollos, hijos de españoles y nacidos en Cuba, entablan la realidad nacional como constructo. A pesar de estar condicionado por ese amor primigenio a la tierra de nacimiento y hablar en nombre de un “interés general”, no hacen participar, -inicialmente- y de manera orgánica en esta representación a otro tipo de criollo, dígame mulato, pardo o negro. El patriciado criollo blanco, impelido por una necesidad de identidad, gravita en torno a lo que Jürgen Habermas ha llamado “patriotismo constitucional”¹⁹. Una patria que, teniendo una tierra de referencia, sigue siendo imaginaria en la medida que obvia ciertas contradicciones étnicas en función de un relato hermético. Muestra de ello es como el movimiento separatista cubano en la Constitución de Guáimaro (1869), una vez proclamada la libertad para todos los habitantes de la república en armas, crea el “Reglamento de libertos”. La proclamación, aunque relevante, era etérea, la república que se proyectaba, se fundamentaba desde la segregación racial.

¿Es la nación cubana resultado de ese crisol étnico y racial que se esgrime festivamente o siguen existiendo malestares profundos?

Aquí cabría una distinción entre etnos y raza. Si el primero alude a cierta transmisión cultural determinada por la manera de actuar en sociedad, la organización social y la manera de pensar de esta, la segunda alude a características físicas-biológicas y por resultado a la transmisión hereditaria de las mismas.

¹⁹ Jan-Werner Muller, “*Constitutional Patriotism*”, Princeton University Press, 2007.

Entrar en el berenjenal de afirmar o refutar si existen o no las razas es otro tema que abordó Fernando Ortiz en su monumental “El engaño de las razas”²⁰. La patologización de una diferencia cutánea, el pensar que el negro por ser negro debía de ser inferior ha marcado una historia de hegemonías que llegó a las costas de Cuba en la figura del barco negrero.

El primer proyecto cubano que estructura una identidad de cohesión frente a lo español, viene en términos económicos y se llamó sacarocracia²¹. A finales del siglo XVIII, la plantación esclavista en Cuba y su entidad de producción, el ingenio azucarero, provocó la irrupción masiva de mano de obra esclava [se estima que solo durante los once meses de la ocupación inglesa, entraron aproximadamente 4000 esclavos negros] que va a afectar proporcionalmente un equilibrio social que se pensaba en términos de hombres blancos como grupo definitorio. “Azúcar y negros crecen paralelos en la isla”²², como anotó Manuel Moreno Fragnals, quien reconoce en estos elementos la forma evolutiva que se encarna en esta manufactura definitoria y que comienza con un carácter violento. A su vez el azúcar será un reducto de identidad porque su economía resultante le permitirá al cubano hacendado un estatus social como co-relato de su dependencia política. Ha nacido de este modo un síntoma recurrente en la historia cubana, la negación del pasado como autoafirmación de una identidad de barricada. El sacarócrata verá lo acontecido hasta ese entonces como tiempos primitivos²³, lo cual significa una refundación del discurso histórico, entendido como ostentación material del éxito autóctono, traducido como opulencia, como rasgo “jerárquico”, que termina generando un carácter como comportamiento social y que ha gravitado desde entonces en la cultura cubana.

Todo este discurso se sustentaba por la mano de obra esclava que tenía un rol ulterior y utilitario. La paradoja de una clase que esgrimía sus argumentos de libertad sobre la falta de libertad del otro, termina siendo el tiro de gracia para una burguesía que se sentía incompleta o ruborizada, pero que no tiene más alternativa que sustentar-se desde este criterio discriminatorio.

La incapacidad de la burguesía cubana para desprenderse de la empresa esclavista en los albores de nuevas estructuras económicas y un capitalismo industrializado, hizo naufragar lo que hubiera sido un verdadero proyecto de nación cubana, alargando más la impronta psicológica de esa institución carcelaria que fue la plantación esclavista. Lo que el historiador José Antonio Piqueras llamó “liberalismo prudente”²⁴

²⁰ Fernando Ortiz, Ciencias Sociales, 1975

²¹ “Con la ocupación inglesa se enraizó en la isla de Cuba el concepto de plantación de las colonias británicas que, como hemos visto, no era extraño a la oligarquía habanera. Los productores criollos habían iniciado el despegue y estaban preparados a la aventura azucarera. El inglés les desató momentáneamente del yugo de los comerciantes gaditanos, borró la situación extraoficial que acrecentaba los costos de producción y, por último, les reintegró añejos privilegios municipales. Por eso la sacarocracia habanera recordará siempre el año de dominio inglés como un fúlgido destello de libertad.” Y más adelante en la Nota 27 Moreno Fragnal hace referencia en torno a esta sensación de libertad que experimento la colonia: «...guerra para siempre sensible pero que puede señalarse como la verdadera ¿poca de la resurrección de La Habana. » «...con sus negros y su libre comercio, hablan hecho más en un año los ingleses que nosotros en los 60 anteriores...» Arango y Parreño, Obras, t. I, p. 117 - 118.

²² Moreno, Pág. 47

²³ Francisco de Arango y Parreño, Obras, Tomo II, pág. 6.

²⁴ José Antonio Piqueras, Cuba, emporio y colonia: La disputa de un mercado interferido (1878-1895), Fondo Cultura Económica, 2003.

o Jesús Díaz ampliando más los periodos denominó “los suicidios de la burguesía cubana”²⁵ no ha sido otra cosa que la estructura panóptica de un claro signo carcelario que resultó ser la plantación esclavista, espacio profiláctico-productivo donde se de-culturó al sujeto negro y se crearon males sociológicos que hicieron metástasis a ciertas porciones de la sociedad cubana, incluso luego de abolida la esclavitud.

Anular la significación humana del negro era el modo propicio para crear un sujeto que funcionara como una herramienta ante el estímulo laboral. Diferentes etnias reunidas en un espacio reducido –el barracón-, muchas de ellas en conflicto en sus predios naturales –África-, sujetos mayoritariamente jóvenes –casi nunca se importaban negros mayores o los sabios de las tribus- sin un arraigo social profundo con su vida africana, reducía las posibilidades de una transmisión cultural que pudiera restituir su cultura en las nuevas tierras. Eran modos de vaciar de significado –ontológicamente hablando- la propia coexistencia forzosa más allá del enfoque productivo.

De modo que cuando se refiere a la transculturación como síntesis colorida y cultural, se suele dulcificar el matiz traumático de estos sujetos que, antropológicamente fueron diseccionados para ser rellenados por el desapego resultante de un ritmo de vida deshumanizador, marcado por una impronta económica. Ciertos reflejos culturales fueron recreados: simulación, miedo, marginación y una cultura de explotación que diseñaba límites artificiales en la propia conducta del hombre negro, fueron los modos arquetípicos de esta conciencia en formación. Según Moreno Friginals: “El trabajo extensivo fue engendrando en los esclavos una especial conciencia del subsistir por el mero subsistir, que todavía en siglo XX operará en determinados grupos de las sociedades del Caribe, y que se expresará en la frase cubana, y su equivalente brasileño: “el problema aquí es no morirse”. Esta filosofía del simple perdurar surge hoy como algo ancestral, casi atávico, en seres secularmente explotados y deculturados”²⁶.

Al mismo tiempo que se genera una concepción traumal asociada a las perspectivas de las víctimas producto del exterminio, la importación de mano de obra esclava para sustentar la plantación como pragmática económica, el acendramiento de la industria azucarera y los meta-relatos asociados a ella, también se comenzó a establecer –paralela y paulatinamente- una comprensión de Cuba que, sin pretender ser arquetípica, modeló en la conciencia una suerte de retención imaginal. Si hoy prevalece una voluntad exasperante por encontrar un origen épico, -ya hablaremos de Espejo de Paciencia en el próximo capítulo de este libro- hay que reconocer que la memoria gráfica proveniente del Grabado como técnica, recreó una visión que, en las antípodas de esta voluntad, ha tenido como resultado un entendimiento ingenuo de los procesos asociados a estas transiciones étnicas, éticas y políticas.

Cuba como meta-tema imaginal ha estado y está aún hoy en el centro de atención de una producción visual en la que ha prevalecido una percepción bucólica, pintoresca y *naïfe* que, en función de generar una imagen hacia el exterior, ha construido una realidad inexistente. Realidad vs. Realidad como Deseo. Lo significativo de este proceso es como se va conformando una percepción ética y psicológica en un sujeto que antes de

²⁵ Jesús Díaz “Los suicidios de la burguesía cubana y el dilema del futuro” Dossier / Examen de la crisis. Encuentro de la Cultura Cubana 86

²⁶ Manuel Moreno Friginals, Aportes culturales y deculturación, Raza y Racismo, Antología de Caminos, Editorial Caminos, La Habana, 2017.

nacer, ontológicamente hablando, ya está condicionado por una imagen que de sí mismo se ha establecido. El sujeto del deseo, es un sujeto arquetípico que solo comparte con el sujeto real su carácter invertebrado.

De ahí la filosofía del “tumba y deja”, de la usura²⁷, de la supervivencia, de la apariencia, la picardía, el costumbrismo en la relación binaria del negrito y el gallego que fueron centro en el teatro bufo, la sexualización de la experiencia, la sensualidad del trópico tan explotada como imagen, la exterioridad expresada en la ama de casa que tiende la ropa en azoteas y balcones, donde al mismo tiempo se reúne la familia, los amigos, donde corre la brisa adormecedora, el alcohol, donde se empina papalotes, donde también se inician sexualmente hombres y mujeres no necesariamente en esta proporcionalidad, o donde sencillamente el joven o viejo vecino se escondía para atisbar en la oscuridad de la noche a la joven que distraída se desvestía²⁸. Hay un sentido de lo limítrofe en estos tipos fenoménicos que ha creado una estampa, una imagen como sustituto de algo que aún no ha sido definido. Esta persistente ubicuidad, este estar entre dos aguas, la ingravidez de un sujeto que aún no es nacional, va elaborando dos realidades contrastantes, donde lo que verdaderamente está ausente, es la base empírica para su “determinación”. Esta ubicuidad, esta hipérbole, este estar entre dos aguas ha tenido desde los dominios de la imagen diversas formas que, en todo caso, ha sustentado el carácter de una voluntad desde el deseo. Rafael Rojas lo plantea en estos términos “[...] se trata, ni más ni menos, (se está refiriendo al mesianismo insular de Arrate) del viejo mito de cubanacán, el ombligo del ombligo del mundo, que en su versión criolla se derivó del culto a la plaza antemural de las indias occidentales, o llave del Golfo, y su versión guevarista desembocó en el símbolo de Cuba como la vanguardia de la lucha contra el imperialismo yanqui. La revisión más lúcida y cruda de esta imagen mesiánica de la isla se debe a “Teoría de la frontera”, un libro inconcluso de Jorge Mañach.”

Retomando la noción de producción visual, hay en ella un declarado interés de situar también los discursos raciales. Una nacionalidad que se está formando de manera selectiva, dispone de un espacio representacional para fijar los imaginarios y los sujetos que los soportan. Por un lado la introducción del negro en la pintura, el dibujo y el grabado en la segunda mitad XVIII²⁹, y por otra la de un refinado imaginario europeizado, que con la influencia por reflejo del siglo de las luces, compone la imagen platinada del criollo blanco.

Las litografías de Hippolite Garneray, los relatos de Mercedes Santa Cruz y Montalvo, condesa de Merlín, Moreau, los paisajes de Federico Mialhe, la colección “Los ingenios (1855 – 1857) del francés Eduardo Laplante, la obra de Victor Patricio Landaluz (1828 – 1889) con sus colecciones “Los cubanos pintando por sí mismos” de 1852 y “Tipos y costumbres de la Isla de Cuba” de 1881 van conformando un canon, una

²⁷ “La moneda macuquina -viejo recurso de economía colonial—, de difícil convertibilidad en divisa de tráfico libre, [...] La Habana aprovecharon la diferencia que ofrecía el cambio e hicieron grandes compras en nuestro puerto empleando para ello plata fuerte, beneficiándose con la baja, que en los precios determinaba la depreciación. Y mediante este juego financiero los hacendados tuvieron más circulante para negociar, se mantuvo la especulación de los comerciantes y logró dar salida a gran cantidad de azúcar. Como la moneda macuquina beneficiaba a estos sectores se le falsificó en grandes cantidades. En 1779 se recogió la falsificada y en 1781 la buena. La diferencia pagada entre el valor real y el nominal fue del cuarenta [...]” Véase “El ingenio...” Manuel Moreno Friginals Pág. 138.

²⁸ José Sánchez Boudy, *Filosofía del cubano y de lo cubano*, Ediciones Universal. Miami, Florida, 1996

²⁹ Jesús Guanache, *Iconografía de africanos y descendientes en Cuba*, Editorial Ciencias Sociales, 2016.

suerte de percepción “autóctona” cuyo carácter peyorativo está ligado a la ligereza, al color local, a lo dúctil, a lo dulce, a la festividad y la inconsistencia.

La imagen del negro en las artes visuales, con excepciones, se representa desde la supeditación y mansedumbre, pasando por una carácter ilustrativo e instrumental, hasta lo caricaturesco y degradante. La pintura del mulato José Nicolás de la Escalera³⁰, o el grabado, como las xilografías de Samuel Hazard, y la obra de Landaluze, entre otros, suponen una tipificación sociológica. El sujeto negro como diana de una estrategia ideológica que hace de la imagen un residuo político de segregación al tiempo que intenta normalizar cierto carácter ensimismado, y humorístico en ocasiones. Lo bucólico está en función de romantizar el drama subrepticio. En las litografías de Eduardo Laplante figuran los campos de caña o los ingenios, como espacios de-significados del horror del trabajo esclavo. Los negros aparecen como estéticas manchas que se integran a la pulcritud de un diseño que con toda intención quiere subvertir la podredumbre que soportaba el brillo de la sacarocracia.

Se pretende generar como bien acotara Reynaldo González la percepción de un “país amable, donde lo trascendente moría entre un mediodía demasiado cargado de humedad y el calor para trabajar o preocuparse y una noche demasiado precipitada y sensual para inquietarse por la mañana”³¹, una ilusión que, intencionalmente, ha escondido y postergado el dilema constitutivo de su existencia.

Si Reynaldo González atisba –de alguna manera- a este sujeto de la ingravidez, José Sánchez Boudy en su “estudio psicológico y analítico de la mente y la formación del cubano de ayer y de la Cuba pre-castrista”, solo ve en los elementos antes mencionados los pilares de un proceso de “unidad racial”. Unidad que según Sánchez Boudy se expresa en uno de los más bellos y nobles pasajes de la novela de Cirilo Villaverde “Cecilia Vales”³² cuando en una de las escenas, la manejadora negra le da el pecho a la niña blanca de la familia Gamboa, esta acción condensa la unidad del alma de la nación cubana. La performatividad –una vez más- antecede a la realidad, la imagen la condiciona, lo que se pretende decir, vale más que el proceso a partir del cual el lenguaje, logra asumir aquello que le es propio. Lo que no ha podido ser, adquiere “fundamento” y “verosimilitud” a través de lo que se dice. La oralidad como recurso, supera a la factualidad. El hablar popular adquiere cuerpo.

Esta sintomatología explica también la grandilocuencia insular cuando se le refiere, potenciando, más que cotejando la realidad y el deseo de que esta sea creíble. Cuba es entonces la “llave del golfo”, “la perla del Edén”, la “llave de las Indias”³³, no hay en el mundo, “cielo más azul como el cielo cubano” y un largo etcétera³⁴. La grandilocuencia imaginal en torno a la isla y su rol, articula un ejercicio de soslayo profundo

30 En la decoración de la iglesia de Santa María del Rosario (1760-1766), encargada a José N. de la Escalera, en uno de los murales aparece la figura de un esclavo doméstico sentado en la base del grupo con cara atenta y postura subalterna.

31 Reynaldo González, *Contradanza y latigazos*, Letras Cubanas, La Habana, Cuba, 1992. Pág. 11

32 Abordaremos algunos detalles significativos de este texto en el próximo capítulo.

33 Ramiro Guerra. Manual de Historia de Cuba, Capítulo IX & X, pág. 154 -197

34 Nelda Castillo en su obra de teatro “Visiones de la Cubanosofía” ironiza en torno a esta sensibilidad cuando uno de los personajes dice: “La reina de la fritangaaaaa, La reina de la rumba, No quiero cuento ni bobería, La rumba es cu-ba-naaaa!!!, La llave del golfo, La tormenta del caribeeee La Perla del Edén, La única... La que corta el bacalao La reina del Carnaval!...” *El Cierro Encantado textos de la memoria*, Repertorio Teatral Cubano, Editorial Letras Cubanas, La Habana, 2012. Pág. 118

que oculta más de lo que históricamente es aceptado. Este comportamiento está asociado a reajustes simbólicos y estructurales en función de perpetuar un sistema y una ideología política, exacerbado, sobre todo, desde la perspectiva del sistema totalitario. La vocación de ocultamiento y grandilocuencia puede ser hallada en las propias narraciones primordiales que intentando encausar una lógica y sensibilidad, buscan un origen épico como fundamento de un sujeto y de una teleología³⁵.

La ausencia de un auto-reconocimiento -primero ontológico y después lingüístico- estará en la base del dilema de la memoria nacional. Las carencias, pero sobre todo la ansiedad esquizoide que éstas han generado y generan en la intelectual cubana, han movilizadado una indagación que ha llegado incluso a la falsificación documental en función de apuntalar un discurso identitario.

Este carácter, genera una tradición quebradiza que ha pretendido hacer pasar los tipos mitológicos de lo cubano como un juicio validado en la factualidad histórica. La búsqueda de este mito fundacional esconde el terror expresado en la inmadurez de la isla para constituirse en nación moderna. La propia concepción mitológica evade el hecho de que como la población aborigen y la cultura asociada a ella fue exterminada; al mismo tiempo, “la raza negra -como diría Fernando Ortiz- se halló en una concepción social extraña: la esclavitud, sin patria, sin familia, sin sociedad suya, con su impulsividad brutal comprimida frente a una raza de superior civilización y enemiga que la sometió a un trabajo rudo y constante al que no estaba acostumbrada. Cuando el negro fue libre, su libertad le sirvió para subir algo en la escala de la cultura habiendo perdido varios jirones de su psicología africana en los zarzales de la esclavitud, pero no pudo salir de su ambiente restringido y separado del blanco”³⁶.

Esto explica de alguna manera porque al inicio de “Contrapunteo cubano del tabaco y el azúcar” Ortiz coloque en el prefijo *Trans* la fuerza argumental para explicar los procesos asociados a las lógicas, pero sobre todo a las dinámicas cubanas, que, evadiendo cualquier comprensión disciplinar y reduccionista, trata de adentrarse en algo que aún no puede definir como totalidad. Ortiz como Fragnals desbancan la comprensión estacionaria de la historiográfica cubana, insistiendo en que, cualquier comprensión reduccionista, teleológica y secuencial, solo hace estancar la trama de relaciones a partir de la cual Cuba debe ser entendida. “La verdadera historia de Cuba es la historia de sus intrincadas transculturaciones”³⁷ aunque, como ya dijimos, este concepto “endulza” o más bien pasa por alto la naturaleza salvaje de un proceso en donde la sangre fue uno de los protagonistas.

³⁵ El descubrimiento del “Nuevo Mundo” y las Antillas, está asociado al descubriendo de un lugar sonado y deseado. Los europeos que llegan cargan con una suerte de desilusión, de frustración política por todo lo que estaba aconteciendo en Europa. Hay un anhelo de descubrir esa “tierra prometida” que de alguna manera está fundamentada ya en las literaturas de la utopía de Campanella, Tomas Moro y Bacon. Hay un deseo de encontrar una tierra virgen, de ahí los mitos del dorado, la fuente de la eterna juventud se agrupa y fundan esa noción providencial de una mito-génesis gloriosa y que de alguna manera ha sobrevivido en la historia cubana. Incluso la propia población aborigen compartía ciertas visiones paradisiacas de lo que era Cuba y el arco de las Antillas, cuando venían cruzando tierras continentales. Cuba en Arauco insular significa “paraíso”.

³⁶ Fernando Ortiz Pág. 98

³⁷ Fernando Ortiz “Contrapunteo cubano del tabaco y el azúcar” Pensamiento Cubano, Ciencias Sociales, La Habana, 1983 Pág. 86.

En uno u otro caso, ninguno de estos dos elementos demográficos, particularmente el elemento negro, que ha dominado una sociedad ausente de autoctonía racial, entra en esta discursividad. El carácter excluyente en la concepción mito-genésica, puede ser advertido también como eufemismo³⁸, cuando se trata de explicar, particularmente el tema negro en la cultura. Recordemos que el eufemismo está asociado desde el origen colonial a un andamiaje cognitivo para llamar a ciertas cosas con otros nombres, sin que estas resulten sospechosas. Este carácter marca los modos culturales de decir, hacer y pensar que desembocan en el tiempo, pero, sobre todo, en una manera del proceder político que tiene en la ubicuidad y la ambivalencia, sus dos pilares fundamentales.

Desde Heredia, pasando por Gabriel de la Concepción Valdez (Plácido) José Jacinto Milanés, Juan Clemente Zenea, Julián del Casal, Fornaris, Juan José Nápoles Fajardo (El Cucalambé) hasta José Martí, y la tradición literaria cubana de la primera mitad del siglo XX hacen de este delirio mito-genésico la fuente de una búsqueda que pretender descubrir, sobre todo, una manera narrativa y poética que han sido pasada como elementos constitutivos de lo cubano.

Tanto la literaria cubana de la primera mitad del siglo XX como la del siglo XIX se enfrascó en una sistematización en torno a un mito fundador inexistente. Un mito sin sujetos para la mitificación. En todo caso, se comenzó a articular una construcción apriorística compulsada por la necesidad de hallar el fundamento de una secularidad excluyente. Lo que verdaderamente busca la literatura cubana no es ese sujeto primordial que adquiere sentido en la construcción mitológica, en todo caso, se pretende una narratividad que le preceda como argumentación. Hans Blumenberg en *Work on myth (Studies in contemporary German social thought)*³⁹ enfatiza que ante la ausencia de un mito fundacional, la recreación de este es indispensable para que esta discursividad transite de lo estético a lo histórico, y de lo moral a lo político. En el caso cubano, la búsqueda de un origen “épico” viene asociada -una vez más- al eufemismo. Si bien esta narratividad excluyó al negro de cualquier esfuerzo fundacional, por paradójico que parezca, al mismo tiempo diluye su presencia como identidad racial, estableciéndola como “unidad nacional”. Es decir, el elemento negro se licua como “unidad racial” negando no solo la naturaleza del fenómeno, sino sus implicaciones en la conformación nacional.

Esta búsqueda de lo escurridizo, de lo inaprehensible como fenómeno, atormentó a la intelectualidad de la primera república [1902-1933]. La levedad del ser –parafraseando a Milan Kundera- se instaló en la epistemología de la nación.

³⁸ Pensemos por un instante en el llamado “comercio de rescate” este eufemismo designa al contrabando que tuvo lugar en las costas cubanas para burlar, de forma efectiva la burocracia colonial. La inestabilidad de este “desarrollo” no propicio otra cosa que el enriquecimiento de ciertas oligarquías insulares, pero no redundo en un desarrollo económico estable. Sería pertinente un estudio sistemático en torno al Eufemismo y su implementación en la cultura y la psicología del cubano y cómo éste ha contribuido a la conformación de una imagen de sujeto nacional.

³⁹ Hans Blumenberg, *Work on myth (Studies in contemporary German social thought)* The MIT Press, 1985

IV

No podemos acercarnos a la historia de Cuba con honestidad si no asumimos de forma crítica el forzado vacío poblacional como estructura fundacional, resultado también de otra extinción coercitiva. Estas condiciones van conformando una nacionalidad de relleno que tributa a una clase económica que ata los designios de Cuba a un imaginario selectivo donde, el hombre blanco es la fiel definición de cubano. Fragnals nos recuerda que La sociedad Antropológica de Cuba, fundada en la década de 1860 y conformada por médicos de pedigrí académico, plantearon la definición de cubano como “hombre blanco nacido en Cuba”, esta “definición” ocurre –aunque parezca paradójica- al término de la Guerra de los diez años donde miles de hombres negros habían muerto en el conflicto, pero nuevamente, la tabula rasa depositaba al negro en su nicho instrumental.

En esta sintonía se puede entender como la prédica efusiva de José Martí respecto al tema racial y étnico, desestima este conflicto basal por una fórmula metafórica. Martí realiza una síntesis apresurada para concretar su proyecto de república: “*Con todos y para el bien de todos*”. Pero en una sociedad somatizada políticamente, la diferencia epidérmica era la justificación de una clase en los esfuerzos por conformar un proyecto de nación blanca. Al no abordar el tema con frontalidad, al negar la naturaleza profunda de este conflicto, se promovía un peligroso aplazamiento de una violencia ya en ciernes. Solo doce años después de estrenada la república, la masacre de los Independientes de Color revitalizó la naturaleza de un dilema ya endógeno. Martí pudo tener razón, su noción de “razas de librería” alude a la fabulación antropológica, sin embargo, se equivocaba rotundamente, la solución al conflicto no podría ser ni poética y mucho menos retórica.

Es cierto que quedó interrumpido el proyecto de una serie de libros sobre Cuba ordenados bajo el título “*Las batallas de las almas*”, y uno de esos libros sería “*La raza negra. Su constitución, corriente y tendencias. Modo de hacerla contribuir al bien común, por el suyo propio*”⁴⁰. Aquí se vislumbraba un acercamiento menos pasional y más objetivo sobre la negritud, pero al morir Martí el proyecto quedó sepultado por esa vocación oracular que Lezama⁴¹ advertía en El Apóstol. Martí es un misterio que nos acompaña; una vez la imagen, la hipérbole prevalece sobre el carácter fáctico.

Aunque la independencia de Cuba se planteó como una guerra multi-racial y la argumentación de la igualdad fundamentó el discurso nacionalista, la figura del negro “liberado” se convirtió en un comodín etnográfico para determinadas políticas generando una mitología transformadora. José Martí quizás sea quién mejor haya *imaginado* una nación establecida desde la igualdad racial. En la Cuba imaginada, no había ni blancos ni negros, solo cubanos. Una vez más la realidad y ficción se apoderan del discurso “nacionalista”.

El “carácter” multi-racial de las guerras de independencia [1868 – 1898] se fundamentó en la noción de “mestizaje”. Sobre este proceso se estableció una argumentación en donde se trataba de hacer ver como la imbricación racial [biológica] y cultural “eliminaba” las diferencias. Se ha pensado que las “alianzas” entre

⁴⁰ Fernando Ortiz, Martí y las razas, Raza y Racismo, Antología de Caminos, Editorial Caminos, la Habana, 2017.

⁴¹ Félix Guerra “Para leer debajo de un sicomoro: diálogo interminable con José Lezama Lima” Editorial Letras Cubanas, 1998

blancos y negros en el contexto de las guerras de independencia fue la clave para impulsar un carácter inter-racial; sin embargo, asumir el enunciado político, refuerza aún más la noción de una Cuba imaginada. El miedo al negro tan entronizado en la educación de la población blanca, se “sustituye” por un discurso donde una racionalidad trascendente está establecida como unidad.

El lenguaje del nacionalismo fue el vehículo a partir del cual se trató de licuar el profundo dilema racial, que, de ser Cuba independiente, tenía que ser resuelto. Sobre esta discursividad se fundamenta una ficción que se traduce en ciertas políticas públicas “inclusivas” en el contexto republicano, donde el negro seguía siendo un comodín político, desembocando en el castrismo para hablar también del carácter inclusivo de la revolución.

En uno u otro caso, no ha habido una integración real del negro en la historia de la nación y sí una visión instrumental en torno a su figura. Este carácter instrumental y pragmático pasa también por lo que William Roseberry llama “*language of contention*”⁴² es decir, el discurso del nacionalismo y la noción de sacrificio en la elaboración y conformación de la nación, intentó generar una nueva individualidad, una nueva colectividad sobre la base de una fundación anti-racial. El lenguaje de contención apuntaló una unidad donde el cuerpo blanco establece una estrategia para que el cuerpo negro se incorpore a una guerra como carne de cañón. La liberación de los esclavos, fue una estrategia que formó parte de una visión instrumental en torno a la emancipación racial.

El propio Carlos Manuel de Céspedes no creía que los esclavos cubanos estuvieran entrenados para la libertad⁴³. Al mismo tiempo, la percepción de los libertos como sujetos corruptos y desatendidos, contrasta con la presencia negra en posiciones de liderazgo militar, a lo que habría que añadir los roles de subordinación y servidumbre que estos desempeñaron en los campamentos insurrectos.

El carácter contradictorio y complejo del fenómeno negro y su pertenencia instrumental o no en el proceso por la independencia quedó plasmado en la Constitución de Guáimaro, donde, por cierto, la presencia negra estuvo ausente. Si en el borrador de este documento se reconoce que todos los habitantes de la República en armas eran libres, el artículo 25 reconoce que todos estos sujetos libres son considerados soldados del ejército libertador lo cual supone el reconocimiento, pero sobre todo la transformación jurídica del sujeto esclavo en entidad fundamental del proceso de liberación colonial. Sin embargo, la primera legislatura modifica el artículo 25, de este modo, el oficial no tendría que aceptar esclavos como combatientes; ahora podían, con sanción legal de la república rebelde, exigirles que trabajaran en la agricultura o como sirvientes domésticos. Unos meses más tarde, se redactó el Reglamento de Libertos, que circunscribía aún más la “libertad” otorgada a los esclavos en la Constitución de Guáimaro. Los esclavos liberados, estarían obligados a trabajar sin compensación. El reglamento concedía a los libertos el derecho de abandonar las casas de los amos, pero, era más que una responsabilidad, una obligación que tales esclavos se presentaran

⁴² Hegemony and the Language of Contention William Roseberry Duke University Press 1994

⁴³ “Comunicación diplomática encargando explorar la opinión oficial norteamericana sobre la anexión” Enero 3, 1869. Céspedes, Escritos, 1:142-46

inmediatamente en la entonces *Oficina de Libertos* para que fueran asignados a “otros amos”. Sin una “sin razón poderosa previamente presentada” no podrían abandonar a su nueva autoridad.

Ada Ferrer en su libro “*Insurgent Cuba: race, nation, and revolution, 1868 – 1898*”⁴⁴ aporta elementos en torno a estas disyuntivas. “Insurgent leaders thus punished new behaviors encouraged by novel conditions with old and familiar methods of slave discipline.

The methods of discipline, which epitomized leaders attempts to limit slave autonomy and to regulate the transition out of slavery, in fact produced the contrary effect. Disciplinary measures encourage the very behavior insurgent leaders sought to suppress, for as slave saw that insurgents who had promise them freedom now sought to delay its practice, they were moved to flee from rebel camps. Spanish military documents show the frequency with which individual and small groups of slaves moved through the countryside, anxious to avoid capture by insurgents only be seized by Spanish. For example, in just four days Spanish troops picked up 108 slaves from eastern coffee farms. Not only did the insurgents lose these potential soldiers and workers, but they often lost them to Spanish troops, who used them in “service appropriate to the condition of slaves”. In mid-1870 the caption general of the island reported to the colonial minister that, in one case, 32 slaves had surrendered to Spanish authorities, “saying unanimously that they preferred by far to be Spanish slaves than free mambís”⁴⁵

Desde el miedo al negro de Antonio José de Saco cuando afirmó que “el único por el que cualquier hombre sensato se preocuparía [era] una nacionalidad formada por la raza blanca”⁴⁶ hasta la visión homogénea y artesanal de la cultura cubana en el tópico racial, en torno al negro se ha hilvanado un discurso que ha desembocado en la cultura.

La discursividad que ha colocado al negro como centro de atención ha generado una percepción inclusiva que ha venido a subrayar el carácter epidérmico de un conflicto, pero, sobre todo, de un malestar profundo. Volcada hacia el exterior, como en los tiempos fundacionales, la cultura cubana no ha sabido discernir y dirimir sus diferencias. A contrapelo, una narratividad, de la grandilocuencia imaginal, del ocultamiento, de la performatividad asociada a reajustes simbólicos ha sido el sustituto en función de perpetuar un sistema y una ideología política.

A fin de cuenta, ser blanco, era también una postura ideológica. Recordemos que ser un sujeto moderno significaba ser blanco, hombre y heterosexual. Una interpretación promulgada como construcción simbólica por una intelectualidad inoculada con la idea de “progreso”, resultante de la racionalidad occidental del iluminismo. Es en este planteamiento en el que se intenta recuperar o reciclar porciones marginadas de la sociedad, aparece entonces la cédula Real de Carlos IV llamada “Gracias al Sacar” (1795). La misma disponía que los pardos (mulatos), hijos de españoles con negras, mulatas o indias, podrían, por una elevada

⁴⁴ The University of North Carolina Press, 1999

⁴⁵ “*Insurgent Cuba: race, nation, and revolution, 1868 – 1898*” Ada Ferrer, The University of North Carolina Press, 1999, Pág.34

⁴⁶ “Ideología mambisa” Jorge Ibarra Editorial Cocuyo, 1967 Pág. 5

suma de dinero, ser considerados legalmente como “blancos”. Este “*blanqueamiento jurídico*”⁴⁷ ilustra el sesgo ideológico en cuestión, donde el racismo lingüístico, se extiende también en la cultura cubana contemporánea. La condición de cubano como recurso administrativo que convierte en abolengo esa otredad que pueda ser blanqueada, para que, proporcionalmente, pueda seguir justificándose la exclusividad de una clase, y a la vez lucrar con ello. El destacado pintor cubano Vicente Escobar, nacido en 1762 y registrado como mulato, pagó este “privilegio”, por lo que murió en 1834 registrado como blanco.

Todo ello muestra la ausencia de un auto-reconocimiento riguroso, la ausencia de una indagación ontológica y lingüística, que ha condicionado intencionalmente la arqueología en torno a las raíces históricas de un sujeto establecido como entelequia. Ha prevalecido una visión instrumental y maniqueista –particularmente- en torno a los sujetos negros, generaron una plasticidad que se ha traducido en una conciencia que se contrapuntea entre el éxtasis y la repugnancia, entre la realidad y la performatividad.

El sujeto del futuro, al carecer de una raigambre arqueológica, no podría ser más que un sujeto melancólico, transado por un calor sofocante, un sujeto que, desde el consumo cultural, genera una comprensión errada de su pasado colonial. El sujeto, que devendrá nacional, no es otro que un sujeto forzado a emigrar, establecido y condicionado por lógicas, procesos culturales y lingüísticos ajenos naturalmente. El resultado de este proceso solo se puede traducir en frustración. La ausencia de una raza autóctona, la ausencia de auto-reconocimiento de sí tanto a nivel ontológico como lingüístico, conforman un sujeto desde la angustia vaga, la fatiga, la ensoñación, el sofoco, la irritación y una modorra empalagosa.

V

El proyecto étnico de nación cubana fue diseñado por taxonomías raciales apócrifas de declarado carácter económico y político. Posicionarnos ante esto con la definición dada por Gaetano Mosca de “gobernantes y gobernados” es clarificadora. Una clase hegemónica que rapiña y explota a otra que va tejiendo su

⁴⁷ “At the beginning of the 20th century, the Cuban government created immigration laws that invested more than \$1 million into recruiting Europeans into Cuba to whiten the state.

“Cuba: The next revolution” in “Black in Latin America (Web Serie episode 0 2011. Public Broadcasting Service.

<https://www.pbs.org/video/black-in-latin-america-cuba-the-next-revolution/>

“High participation of blacks in independence movements threatened white elitist power and when the 1899 census showed that more than 1/3 of Cuba's population was colored, white migration started to gain support.”

(de la Fuente, A. (1998). “Race, National Discourse, Politics in Cuba: An Overview”. *Latin American Perspectives*. 25 (3): 43–69

<https://journals.sagepub.com/doi/10.1177/0094582X9802500303>

“Political blanqueamiento began in 1902 after the US occupation, where migration of “undesirables” (i.e. blacks) became prohibited in Cuba. Immigration policies supported the migration of entire families. Between 1902 and 1907, nearly 128,000 Spaniards entered Cuba, and officially in 1906, Cuba created its immigration law that funded white migrants.

However, many European immigrants did not stay in Cuba and came solely for the sugar harvest, returning to their homes during the off seasons. Although some 780,000 Spaniards migrated between 1902–1931, only 250,000 stayed. By the 1920s, blanqueamiento through national policy had effectively failed”

Chomsky, A. (2000). “Barbados or Canada? Race, Immigration, and Nation in Early-Twentieth Century Cuba”. *Hispanic American Historical Review*. 80 (3): 415–462.

<https://read.dukeupress.edu/hahr/article-abstract/80/3/415/26493/Barbados-or-Canada-Race-Immigration-and-Nation-in?redirectedFrom=fulltext>

imaginario por incompletitud y desde la periferia ideológica. La historia de Cuba es también la historia de un poder blanco, en términos nietzscheanos.

El desprendimiento de una identidad cubana por parte de una intelectualidad criolla que la imagina de manera ajena a España, parte también de cierta especificidad étnica, esto nos permite comprender mejor al primer Félix Varela que veía en la Cortes de Cádiz un “signo de ignominia en el negro”⁴⁸. De modo que el imaginario económico-plantacional o patriótico-nacionalista parte de premisas puntuales y selectivas de una cubanidad parcelaria o castrada.

Hasta aquí podemos advertir como los distintos relatos identificatorios que pugnan por una definición de lo cubano y su resultante étnico propician un *thelos* que sin dudas pasa por el desbordamiento que significó la presencia súbita del sujeto africano. Según Antonio Benítez Rojo “la cultura nacional o cubana es un fenómeno que sucedió dentro de la Plantación”⁴⁹, y ciertamente si entendemos que la afirmación de una identidad cubana ante España pasaba por la importancia de un status económico proveniente de la producción azucarera, entenderemos la intensión de preservación profiláctica de una masa esclava que está reconstruyendo su cultura como un reflejo subversivo. Tendríamos que convenir con Benítez Rojos que en la plantación esclavista están las claves para el devenir cultural cubano, en el que ha predominado una lectura de síntesis cultural (*ajiaco*) pero podría notarse también una estructura estratificada, superpuesta; una hegemonía patinada por la dialéctica. Cosa curiosa que el mismo plato que en algunas zonas se llama “ajiaco” en otras zonas se llama “olla podrida”.

La difícil alineación de un cuerpo cultural, político y civil de manera orgánica hasta el día de hoy es el resultado de la celeridad y violencia con que han resultado los procesos formativos de la historia de Cuba. Esa misma dispersión étnica que ha confluído en los límites geográficos de Cuba y que ha tenido que cruzar genes, experiencias y voluntades, han ido acompañados, casi siempre, por una obligatoriedad política que más que una síntesis cultural ha provocado una identidad de cohesión. Ser cubano suele ir acompañado por la elección de un proyecto ideológico. Fuera como ciudadano de una “próspera provincia de ultramar”, en el balcón de un ingenio, en la manigua o en los vaivenes proselitistas de una república mediatizada y propensa a los disparos.

Otra idea interesante planteada por Fernando Ortiz en “*Los factores humanos de la cubanidad*”⁵⁰ es la de un imaginario cubano pactado por la pobreza de negros, mulatos o blancos que no tienen la posibilidad económica de viajar o regresar a sus países de origen, o sencillamente con los que tienen una relación familiar, y se quedan vagando y sobreviviendo en Cuba, en uno u otro caso, todos se aferran a la cubanidad como balsa desecha en el mar Caribe, una cubanidad como orfandad.

⁴⁸ Salvador Larrúa Guedes, “El Padre Félix Varela, las Cortes de Cádiz y la abolición de la esclavitud en la isla de Cuba”, Revista Hispanoamericana, No2, 2012

⁴⁹ “La isla que se repite. El Caribe y la perspectiva postmoderna. Ediciones Norte, 1990.

⁵⁰ Fernando Ortiz, *Los factores humanos de la cubanidad*, Estudios etnosociológicos, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1991)

Archipiélagos de piel: apuntes sobre el etnos-nación

Cuba ha terminado siendo, o lo que es peor, ha pretendido ser un monolito donde se entiende la cubanidad como una categoría ideológica. El valiente y hermoso gesto de integración racial que propuso la revolución cubana de 1959 en sus primeros años, sucumbió ante un proyecto totalitario que nos devolvió a la plantación esclavista. Un proyecto político que “no” estigmatiza por el color de la piel –aunque la jefatura castrista sigue siendo mayoritariamente blanca- sino que va a perseguir cualquier rastro de libertad individual dentro de una entidad política igual de cerrada, vertical, descendente e igualmente normativa; por lo cual, el etnos-nación sigue siendo un artefacto en las manos del poder blanco de turno.